
JEREMIAS.

PERIÓDICO POLÍTICO, LITERARIO Y GAZMOÑO.

DOS LAMENTACIONES por semana al precio de 4 rs. vn. por mes en Madrid y 45 rs. vn. en Provincias por trimestre, franco de porte. La Redaccion y Administracion está en Madrid, calle de Noblejas, núm. 3, cuarto principal.

26 de Abril de 1866.

EL MINISTERIO DE SAN BRUNO.

Pocos de mis lectores desconocerán aquel modismo, ó lo que sea, que remite á San Bruno todo lo que parece cuento; pero quizá no todos están al corriente de su origen, y esto consiste en que al tal modismo le falta la añadidura. En otro tiempo, cuando uno soltaba una mentira muy gorda, como las que parece que le han encajado al Sr. Alonso Martínez sobre la importancia de los ingleses concesonarios del Banco Nacional, el que oia la bola solia decir, como se dice todavía: «cuénteselo V. á San Bruno;» pero añadía: «que está en la calle de Alcalá.» Hé aquí, pues, la clave del misterio para los que no están en autos. San Bruno habitaba entonces la calle de Alcalá, y al antiguo vecino de dicha calle se refieren aun los que mandan contar á San Bruno las cosas que ningún otro santo tragaria.

Lo que yo no he podido averiguar es la relacion que hubiera entre dicho santo y el juego de billar, sobre todo en materia de chiripas; solo sé que alguna debió haber, y me fundo para pensarlo así en que

cuando un jugador hace palos, tirando billa, ó billa y palos, tirando pérdida, ó billa, pérdida y palos, tirando carambola, ó carambola, palos, pérdida y billa, no tirando nada, rara vez deja su contrario de esclamar: ¡Vaya un San Bruno! Y el caso es que San Bruno nunca se ha querellado de injuria, en lo cual está probando que dista mucho de ser tan susceptible como don Manuel de la Concha, quien parece haberse propuesto mandar á presidio á todos los que le tienen por militar ó político chiripero, quiero decir, afortunado, y no digo mas, porque ya estoy viendo venir la papeleta de citacion para el juicio consiguiente. ¿Quién sabe si bastará lo dicho para tener demanda? ¿Quién sabe si llegará un escritor á verse demandado con solo nombrar á D. Manuel de la Concha? ¡Lo único que puedo asegurar es que si algun dia tenemos libertad de imprenta, nadie ha de pasar tan malos ratos como D. Manuel de la Concha, pues todo el mundo la tomará con él por lo mismo que muestra ser tan sensible á las bromas de los periódicos. Más cuenta le tendria imitar á San Bruno, que no se ha metido ni aun con los mirones del billar, aunque no son estos los que menos y peores milagros de azar le cuelgan, tanto que á veces, hasta cuando un jugador hace lo que tiraba, suelen los que lo están viendo decir que la jugada es un San Bruno, esto es, una chiripa de marca mayor, una bamba como una loma, en fin, lo que se llama un esperpento.

Emigró San Bruno por última vez; pero no por eso caducó la costumbre de contarle ciertas cosas; y digo por última vez, en atencion á que antes de la vez última tuvo que abandonar otras varias su territorio, á causa de turbulencias políticas en que no sé si tomó alguna parte. Hay quien dice que, como estaba en la

acera opuesta á la Historia Natural, habia tenido durante mucho tiempo la misi3n de observar á los naturalistas, que entonces pasaban por herejes, y fuese 3 no fundada la acusaci3n, lo cierto era que siempre que dominaba el elemento avanzando quitaban á San Bruno de su puesto, para trasformar su nicho en balcon, y al revés, tan pronto como el bando monacal recobraba su imperio, se tapiaba el balcon y volvia San Bruno á su nicho. Aquello era un ir y venir comparable solo al del cura demócrata y neo-cat3lico Don Tristan Medina.

Todavía recuerdo yo una d3cima que, aunque mala, vivi3 tantos a3os como versos tenia, y no se me ha olvidado que tenia diez, advertencia que no es de todo punto supérflua, pues en cierta ocasi3n me pidieron á mí unas d3cimas *de cuatro versos cada una*, para celebrar un acto solemne, nada menos que en una sociedad artístic3-literaria, y habiendo yo en la primera lamentaci3n de este periódico dedicado al general Hoyos un romance de mas de cien versos, no ha faltado quien me escriba un an3nimo diciendo que mire lo que hago, porque algun dia me puede pesar el hacer *decimitas* (1) como la que hice últimamente al general Hoyos. El autor de la carta debe ser muy partidario de dicho general, y esto se advierte, no tant3 en el inter3s que se toma por S. E., cuant3 en los conocimientos que muestra tener de la metrificaci3n castellana. Con literatos como él y hacendistas como D. Pedro Salaverria es con lo que hemos de re-

(1) Y no sol3 no le pareci3 una gran d3cima, sino que hasta como d3cima crey3 que carecía de las dimensiones regulares, y la hizo d3cima decimal, 3 *decimita*.

costrar los españoles la influencia que un tiempo ejercimos en todo el mundo.

Pues, como iba diciendo, durante los famosos diez años del despotismo de Fernando VII, volvió San Bruno á ocupar su nicho, y debajo de éste habia una décima que á la legua se conocia que no habia sido hecha por un poeta, sino por un fraile, pues era del tenor siguiente:

Al prodigio de las artes;
 al San Bruno de los Brunos;
 al perseguido de tunos;
 aquí como en todas partes.
 Al que ¡oh, gran Dios! no me apartes
 de tenerle devoción;
 al que tres veces balcon
 vió este lugar convertido.
 ¡Gracias á Dios que ha caido
 la infame Constitucion!

Por cierto que cada vez que yo leia esta décima me ponía hecho un Soliman XLIX, personaje de la comedia titulada: *El Oso Blanco y el Oso negro*, no por otra cosa sino por la muletilla que tiene el tal personaje, y que consiste en decir á cada momento: ¡Qué animales cria la naturaleza! Se me dirá que la comedia se escribió cuando habia desaparecido la décima; pero á eso responderé que si yo no hubiese profetizado algo, no seria digno de llamarme Jeremías. Tambien se me hará observar que algunos de nuestros frailes salieron grandes poetas; pero yo lo negaré diciendo que no es verdad, porque los frailes que fueron grandes poetas, salieron grandes poetas antes de ser frailes, tanto que solo cuando llegaron á viejos se resolvieron á dejar el mundo. Quiero hacer constar esto, porque estoy harto de oír decir que los talentos privilegiados y los descubrimientos notables

han salido de los conventos, lo cual me parece una impostura. Ni Colón, ni Galileo, ni Guttenberg, ni Newton, ni Franklin, ni Rafael, ni Murillo, ni Cervantes, ni Quevedo, ni otros hombres extraordinarios han sido frailes. Al contrario, algunos de los grandes hombres mencionados sufrieron las persecuciones de los frailes, corriendo el peligro de morir quemados por el crimen de ilustrar al género humano; de suerte que, á mi modo de ver, las ciencias, las artes y las letras han progresado, no *gracias á*, sino *á despecho de* los frailes, que hicieron siempre lo posible por mantener al mundo en las tinieblas de la ignorancia. Solo un descubrimiento importante se les debe y es el de la pólvora, el elemento destructor por excelencia.

Decía yo, pues, cada vez que leía la décima consabida: «¡Qué animales cria la naturaleza! ¡Qué descansado quedaría este vate cuando escribió los últimos versos!» Y efectivamente, no se descubriría en toda la décima esa gala de imaginación, esa elevación de estilo que hay en los poetas; pero se veía bien la satisfacción del hombre que creía su porvenir asegurado con la degradación de su patria.

En fin; aquí no se trata del coplero, sino del santo, á quien los españoles han tomado por su cuenta para bromas un poco pesadas; tanto que ayer mismo vino un suscriptor á suplicarme que escribiese algo en favor del ministerio de San Bruno, por las señales de vida que está dando, de modo que ya, no contentos mis compatriotas con el modismo que manda contar á San Bruno todo lo que tiene trazas de embuste, ó con llamar San Bruno á la chiripa, que es una mentira del juego del billar, suponen que hay un ministerio de San Bruno, lo que, mandando la titulada Union

liberal, no deja de ser un poco fuerte para dicho Santo.

Al pronto creí yo que ese ministerio sería el de la Gobernación; porque, como el verdadero San Bruno fué fundador de la orden de los cartujos, en cuya regla entraba el vivir aislado y sin hablar, y el señor Posada Herrera está confeccionando leyes tan cartujas como las de imprenta y reuniones, me parecía el símil bastante brunificado; pero supe que, para encontrar lo que yo buscaba, debía tirar un poco más hacia los cerros de Úbeda, y me fui derechito al ministerio de la Guerra.

¿Qué me condujo á allí? La idea de la actividad; porque, realmente, bajo el sistema parlamentario que tenemos, nadie trabaja tanto como el ministro de la fuerza. Otros hay cuyos nombres se pierden en la noche de su elevación, que rara vez suben á la luz del día, y por eso se hacen desde el principio tan invisibles que nadie los puede ver, como dijo el otro. Algunos ayudan en lo civil á la organización militar del régimen político; pero el hombre laborioso, el azacan, el consejero infatigable y celoso es el encargado de asentar el edificio constitucional sobre la base: *si vis pacem, para bellum* y cartuchera en el cañón, por lo cual no me admira que el tal ministro de la Guerra haya presentado, él solo, más proyectos de ley que todos sus compañeros. Hé aquí lo que él ha hecho en pocos días, mientras los otros han andado en dimes y diretes: 1.º Un proyecto de ley, fijando la fuerza del ejército para el año que viene: magnífico plan para que las madres de familia vayan adquiriendo costumbres espartanas. 2.º Un proyecto de ley para arreglar los estatutos de la orden de San Fernando; cosa que si no hace subir los fondos públicos

será porque vivimos en la época de la desconfianza. 3.º Un proyecto de ley, para comprender en otra ley que fué proyecto, á los maestros de armas y examinadores, maestros de montajes, operarios de fábrica y muchísima gente mas, reforma urgente por mil razones que ustedes no comprenderán; pero que tampoco yo las comprendo, y es posible que el ministro las comprenda menos que nosotros. 4.º Un proyecto de ley para fomentar la instruccion primaria, no en los pueblos, donde no hace tanta falta como supone D. Fermin Caballero, sino en los cuerpos del arma de Infantería, pensamiento que ha de ser fecundo en resultados para el desarrollo de la agricultura, comercio, industria, principio de autoridad y otras artes mecánicas. 5.º Un proyecto de ley sobre el servicio de alojamientos, cosa que corre mas prisa que abolir la contribucion de consumos, y basta lo dicho para probar que el ministro de la Guerra trabaja como un descosido en organizar este campamento constitucional, de modo que nos hallemos pronto en estado de pasar revista y hacer el ejercicio de nuestros derechos políticos á la prusiana.

Pero el caro suscritor me hizo saber que se trataba del ministerio de Estado.—Nosotros, dijo, hacemos contar á San Bruno todo lo que sucede, y sin embargo, nadie sabe menos que San Bruno lo que aquí pasa. ¿Por qué razon? Porque nadie se lo cuenta. Pues en el mismo caso se halla el ministro de Estado, á quien todos sus agentes diplomáticos y los gobiernos de otros países deben referir lo que ocurre en el mundo, y nunca se lo dicen, como es fácil demostrarlo registrando la historia más contemporánea de los temporales de estos últimos tiempos.—¿Qué hay de la Bula pontificia? pregunta un diputado, y el ministro tiene que plagiar

á un autor satírico diciendo que no se sabe nada, lo cual tampoco se sabe de cierto, porque, á saberse esto, ya se sabría algo. —¿Qué hay de Lamármora? pregunta otro representante del país. —No lo sé á punto fijo, dice San Bruno Bermudez de Castro, porque los periódicos hablan de una nota muy fuerte que me ha pasado ese ministro de Italia; pero lo cierto es que, aunque la nota se dirige á mí, todos tienen conocimiento de ella menos yo, verificándose aquí aquello de que el último que lo sabe es el marido. —¿Qué hay del Perú? pregunta un tercer diputado, ¿es verdad que esa nacion que valia tanto cuando valia un Perú, pero que ahora tiene que *chincharse* (1) para subsistir, nos ha declarado la guerra? —No digo que no, contesta el ministro; pero tampoco digo que sí, porque yo no sé una palabra respecto á lo que se me pregunta, y bien podrían los que me interpelan sobre ese asunto en que yo deberia saber mas que Zorrilla, decirme lo que haya llegado á sus oidos, á fin de que yo pudiera enterarme un poco de lo que pasa.

En este punto atajé á mi caro suscriptor diciéndole: Basta; ya veo que lo de la actividad ha sido una ironía, porque salir el ministro de Estado con un proyecto de ley para ponernos en relaciones de amistad con el Emperador de la China, mientras su formidable presidente nos ha bombardeado con tantos proyectos de su cosecha, no es para rendirse de cansancio, y en cuanto al cambio de nombre, lo hallo satisfactoriamente explicado. En adelante, cuando yo oiga decir cosas increíbles, como, por ejemplo, que los vicalvaristas pueden abandonar el mando sin ser formalmente despedidos, que D. Pedro Salaverría ha tenido una

(1) Quiero decir, atenerse al guano de las islas *Chinchas*.

ocurrencia feliz, que D. Francisco Luxán y D. Facundo Infante han visto una cuestion por distinto prisma, que los moderados se han arrepentido de los asesinatos de 1848 y de 1865, etc., ya no diré al que haga suposiciones tan estrañas: «cuénteselo V. á San Bruno,» sino «cuénteselo al señor ministro de Estado.»

DOS PRENSAS.

La prensa es gloria y es lodo;
la prensa laba y salpica;
la prensa es una botica
donde se encuentra de todo.
La prensa dá inspiracion
al mismo señor Uhagon,
cuando se vuelve discreta,
y corrobora y aprieta
y ayuda á la digestion.

Mas nada á su daño iguala,
si dá en hacer disfavores,
porque hay dos prensas, lectores,
una buena y otra mala.

—¡Qué disparate!—¡Chiton!
que esto que yo voy diciendo,
lo ha dicho el señor Uhagon.

La prensa, cópia lejana
de Cristo, á tener se inclina
naturaleza divina,
y naturaleza humana.
Una, causa admiracion.
¿No es verdad, señor Uhagon?
Otra, tiene sus flaquezas;
y estas dos naturalezas.....
dos naturalezas son.

Así, pues, no es patarata;
sepan los hombres prudentes

que hay dos prensas diferentes,
la que cura y la que mata.

¿Os parece aberracion?

Pues no soy yo quien lo ha dicho:

lo ha dicho el señor Uhagon.

La que hace el bien, es un hecho
que hace el bien, no la regaña;
mas la prensa que hace daño....
es claro, no hace provecho;
y á fé que es mi conclusion
digna del señor Uhagon,
diputado ilustre y grave
que, segun noticias, sabe
mucho de legislacion.

Siga la marimorena,
y no en balde nos quejemos,
cuando dos prensas tenemos,
una mala y otra buena.

Esto lo dice la Union,
y sobre todo, ¡qué diablo!
lo ha dicho el señor Uhagon.

¿Cuál será la prensa mala?

—La que al gobierno dá pena.

—¿Cuál será la prensa buena?

—La que incienso le regala.

Mi doble definicion

gustará al señor Uhagon.

Estoy de ello tan seguro...

como de que tiene un duro

veinte reales de vellon.

Quien de la prensa propala
rumores, la infiere ofensas,
pues no hay una, que hay dos prensas,
prensa buena, y prensa mala.

¡Qué! ¿lo niega la opinion?

No importa; lo que yo digo

lo ha dicho el señor Uhagon.

Dos prensas hay, tengo á gala
decirlo, porque me llena ;
y es mala... la que no es buena ,
y es buena... la que no es mala .
Yo sostendré esta asercion ,
porque es del señor Uhagon .
De otro, no la sostuviera
jamás , aunque ese otro fuera
el arzobispo Monzon .

La prueba , y hablo muy sério ,
de que hay prensa duplicada ,
es que una al gobierno agrada ,
y otra carga al ministerio .

—Esa es muy débil razon .

—¿ Sí ? Pues oídla bien fuerte :

« lo ha dicho el señor Uhagon . »

El caso es que los fiscales.....
sí, lo diré, voto á Cribas ,
con las leyes represivas
á todos hacen iguales .
Por levantar un chichon ,
(sépalolo el señor Uhagon)
hoy al malo, vendrá un trueno
que haga perecer al bueno ,
sin que le alcance la uncion .

—¡ Llegue del rigor la tala,
y editores á la trena !

¡ Concluya la prensa buena ,
con tal que acabe la mala !

—¿ Quién ha dicho eso ? ¿ Dracon ?

—No : lo ha dicho quien lo sabe :

lo ha dicho el señor Uhagon .

PIEDRAS, PEDREAS Y PEDRADAS.

Has de saber, amigo Gedeon, que estamos en camino de petrificarnos.—Sobre eso hay mucho que hablar.—Calla.—Pues callo.—Y digo esto porque

hoy abunda tanto la pedrería, que hasta en las personas más modestas se ven lucir los diamantes, las esmeraldas, los rubíes y otras mil piedras preciosas, lo cual no es para felicitarnos, porque nada conduce á la miseria tanto como el desarrollo del lujo.—Sí, pero...—Calla, Gedeon.—Ya callo, Jeremías.—Pues como digo; mientras nuestras encantadoras mujeres mantienen esa pedrea de ricas joyas, con que las que tienen más descalabran á las que tienen menos; mientras nuestros belicosos muchachos continúan apedreándose por todas las calles de Madrid, con el apoyo tácito de la policía, que no tiene prisa por poner coto á tan peligrosos pasatiempos..... y es particular que aquí, donde basta arrojar en un periódico la chinita de una verdad para ir á presidio, se tiren guijarros á la cabeza de cualquiera sin que los agentes de la autoridad se incomoden. Esto puede consistir en que el hábito de las pedreas los tiene empedernidos.—Yo te diré lo que hay sobre eso.—Calla, Gedeon.—Pero hombre....—Calla y escucha.—Callo y escucho.

—Pues amigo, alguna vez habían de ser útiles las piedras; ya que nunca puedan serlo las pedradas, que estas últimas, aunque sean oficiales, como la que se dió al Sr. Bustillo, sobre aquello de la silla que atrapó en San Lúcar de Barrameda, siempre causan alguna contusion grave.—Yo lo creo; como que.....—Calla, Gedeon.—Hombre, ¡qué pesado estás hoy! —¿Quieres callarte?—Quiero.—Pues corriente. Sábetete que, en cuanto yo ví la pedrada de que voy hablando, recordé una vieja canción que dice:

Yo estoy muy malita,
yo no sé lo que me dá,
que el corazón me palpita,
y hace: ti—pitá—pitá.

Apuesto, dije yo, á que el general Bustillo está fuera de combate y deja la capitanía general de su Departamento para ponerse en cura; y acerté, porque así ha sucedido: el buen señor ha hecho su dimision, fundándola en el mal estado de su salud; de donde infiero que, si le hubieran dado la razon en lo de la silla, no habria enfermado él; pero entonces habria enfermado el general Guajardo, que hoy goza tan buena salud como nosotros.—Sin embargo...—Calla.—Es que el que calla, otorga.—Pues otorga callando, y te diré que en esta semana se ha puesto la primera piedra del gran edificio dedicado á la Biblioteca y Museos Nacionales, lo que es plausible, mientras en el Congreso se estaba tirando contra el sentido comun una de las mas gordas pedradas que puedas figurarte. Oye, y sabrás la verdad del caso. Un sábio orientalista francés, llamado Mr. Renan, ha escrito una obra, de la cual algunos periódicos han tomado un capítulo estos dias, y un diputado español pidió al gobierno que se tomasen medidas para impedir la circulacion de dicha obra, lo mismo que para castigar á los indicados periódicos.—Es que aquí somos dueños...—Calla; ya sé que aquí somos intolerantes, y así estamos tan lucidos. Mira, mientras aquí se sienta el principio de que solo hay virtudes en los pueblós donde no se puede decir todo lo que se siente, sin que se vea en ellos un rasgo notable de filantropía, un norte americano que se llama Peadbody, uno de esos hombres á quienes nosotros no enterrariamos en lugar sagrado, acaba de regalar treinta millones de reales á los pobres de Lóndres para que puedan hacerse habitaciones proporcionadas á sus necesidades, y en tanto que aquí nos dedicamos á pedir medidas represivas contra los libros y los periódicos, sin hacer

nada en beneficio del comercio, en un puerto solo de esa nacion herética que se llama la Union americana; en un solo puerto, digo, el de Nueva-York, y en una sola semana, se han esportado mercancías por valor de mas de cinco millones de duros.—Tambien nosotros...—Calla.—Tambien nosotros hemos esportado de sus casas...—¿El qué?—Treinta y cinco mil hombres para el servicio militar.—Calla.—Callo; pero protesto.—Dígame si en el siglo XIX y sobre todo, viendo el estado lastimoso á que nos ha conducido nuestra intolerancia, puede darse pedrada mas fuerte á la sana razon que la que arrojaba el diputado referido, mientras se sentaba la primera piedra de un edificio destinado á difundir la luz en nuestra anocheada patria.

Yo tuve el gusto de asistir al acto, para el cual recibí la invitacion que me mandó el señor ministro de Fomento, así como he recibido tambien el precioso trabajo de estadística civil que nos ha remitido el señor ministro de Gracia y Justicia. Porque, eso sí, cualquiera que sea mi opinion respecto á la marcha política que hoy se sigue, siempre diré que los hombres del poder son delicadísimamente atentos, cuando no se comunican con el periodismo por el órgano de la fiscalía, en cuyo caso tampoco falta la deferencia en las formas, si bien sobra la aspereza en los fines. Nada, pues, diré del acto, sino que el ilustre poeta dramático, director de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Harzenbusch, leyó un discurso admirable como obra literaria, y tanto mas imparcial es este juicio, cuanto que estoy en gran desacuerdo con muchas de sus ideas, y agregaré que el popular Barbieri nos regaló los oídos con la magnífica marcha que para el objeto habia compuesto, siendo dignamente

ejecutada por las bandas militares de la guarnicion.

—Y bien, de todo eso...—Calla, Gedeon; de todo eso infero yo que la primera piedra del citado edificio podria ser una pedrada feroz, dada al porvenir de España, si de paso que se facilitan al pueblo medios de instruccion, no concluyen las trabas y mordazas con que lucha entre nosotros el pensamiento, impidiendo esas dificultades que la instruccion sea completa. Si seguimos así, vendrá dia en que se diga de todo establecimiento científico, literario ó artístico, lo que que dije yo una vez de cierto plan de estudios:

que debiera llamarse, en cierto modo:
«método fácil de ignorarlo todo.»

—No obstante, Jeremías.—Calla.—Hombre, tú te quejas de los intolerantes, y hoy los estás imitando.—Es que va llegando la hora de aplicaros la pena del Talion, pensamiento mio que con gusto he visto aceptado por el diputado Figuerola. Yo quiero ser tolerante con los tolerantes; pero estoy por hacer que os arrepintais de vuestra conducta los partidarios de la intolerancia.—De modo que...—¡Silencio!—No me dejes hablar, y así tendrás siempre razon.—Así es como quereis tenerla vosotros.

DOS HOMBRES DE GOBIERNO.

El partido del orden está de enhorabuena: tenemos en España dos hombres con dotes de mando, sobre los muchos que habia. El uno es un soldado que se halla de guarnicion en Motril, y que me hace recordar las palabras sublimes de Houdard de la Motte, sugeto de dulcísimo carácter que tuvo la desgracia de perder la vista. Un dia este hombre, yendo por un sitio donde habia mucha gente, pisó á un jóven, y este le devolvió una bofetada.—«Caballero, dijo La Motte, va V. á sentir amargamente el haberme pegado. Soy ciego.»

Digo que lo que voy á contar me recuerda lo que he contado, porque en Motril ha habido un centinela que, dando el quién vive á un hombre, y no recibiendo la contestacion, disparó su fusil y mató al hombre, que resultó ser un sordo, padre de familia. Este no pudo hablar como La Motte; pero no por eso será menor el remordimiento del soldado que ha matado un infeliz sordo que el del jóven que abofeteó á un pobre ciego. Sin embargo, los amigos del órden dirán que ese soldado es un hombre de gobierno, y yo les felicito por el hallazgo. El otro hombre que acaba de descubrir dotes de mando es el alcaide de la cárcel de Villa, quien, como ya es sabido, ha puesto esposas al apreciable redactor de *La Democracia*, Sr. Ramirez, haciendo que éste, y el editor del citado periódico entrasen en un carro confundidos con verdaderos criminales. Puesto que el gobierno ha desaprobado el hecho, no le haré cargos; pero, ¿por qué no? El atropello es una consecuencia natural del estado patológico de nuestra existencia política. No ha sido aconsejado por el gobierno; pero sí sugerido por ese alarde de ódio y desprecio á la prensa periódica que vienen haciendo los llamados hombres de órden, y por los numerosos ejemplos que nos han enseñado á buscar por la senda de las tropelías la reputacion de funcionarios celosos. Ahora, los dos sucesos que dejo referidos han sido vituperados; pero: ¡caramba, qué par de mozos! dirán para sí los hombres de órden, aludiendo al alcaide del saladero y al centinela de Motril; y si, por un imposible, la quisicosa dominante, ú otras por el estilo, durasen mucho tiempo, no seria extraño que tanto el que puso las esposas al periodista, como el que mató al sordo, llegasen á desempeñar altos destinos, merced á las dotes de mando que han descubierto. Lo repito: los amigos del principio de autoridad, tal como aquí se va comprendiendo, están de enhorabuena. Sea enhorabuena.

EDITOR RESPONSABLE, **D. Pedro Ramos.**

MADRID: 1866.—Imp. de F. Beltran, Sacramento, 10.